

VIDA AGUILEÑA

SUSCRIPCIÓN

En Aguilas, unmes . . . 0'25 Plas.
Fuera, trimestre . . . 1 id.

INSERCIÓN

Anuncios á precios convencionales

REVISTA QUINCENAL DE LITERATURA
BELLAS ARTES Y DEPORTES

Aguilas 15 de Agosto de 1915

REDACCIÓN

. Y

ADMINISTRACION

CONDE ARANDA, 9

Carta de un verano

Y en una arqueta de marfil en cuya talla el pretérito escultor puso una escena de apóstoles y vírgenes, hallé un papel de la misma color amarilla, por donde vine en conocimiento de su vejez, que debía de ser la de las mocedades de mi abuelo, ido en tránsito de muerte cuando yo era rapaz de los que andaban a la rebatiña de moras y ciruelas, en la huerta de una escuela de monjes franciscanos. Topé acaso con la arqueta en el herrado bargueño del salón donde reposaba el clave, mudo luengos años, con huellas suaves de afilados dedos femeninos en las teclas, amigo del brasero de bronce, con patas que eran garras de león y copa cincelada por un orfebre de Toledo; uno y otro secularmente vigilados por los caballeros pálidos y las damas embasquinadas de aquellos temerosos retratos colgados de los muros. Movido de la curiosidad tomé en las manos la vieja epístola, escrita toda ella en menudos trazos parduzcos con aquella tinta de agallas que, todavía, seca y en polvo reposaba en el tintero de piedra, y oliente, como un amor lejano, de la misma olor de hojas secas de rosa que le dieron lecho desde una antigua primavera, y leí:

«Hemos tornado al caserón solariego y ya los racimos amarillean bajo el parral y la enredadera cubre de rojas y azules campanillas la tapia del jardín. Corre otra vez por la boca del tritón y los senos de la nereida que en él cabalga, el agua de esta fuente amiga que conoces. El banco de leños debajo del laurel, espera que vuelvas, que no he de sentarme allí si tu no vienes. Y yo curo de estas flores que son tuyas y mías porque nacieron de nuestras

manos, antes que el Rosellón te llamase, y doy paz al cuerpo, tanta como al alma ha llevado la vista del mar en las horas vesperales del estío.

Habrá sido el tuyo recio como de soldado, y yo quiero referirte de mi viaje tranquilo como de monja, que si lo fuera no gozara de más sosiego en la playa ni de más tranquila vida en el hogar de la familia amiga que nos ha hospedado.

Allí nos ofreció reposo el huesped, luego del largo asendereo por el camino de la sierra en nuestra carroza de mulas. El viejo mulero echaba piedras a la postillona porque tirase con más prisa, pero, aun así, no invertimos menos de siete horas.

Nos dieron a cenar pescados en aderezo de salsas marineras. Con el día madrugaba y, estando cerca la iglesia, allá me iba con mi dueña. Luego, a la orilla del mar para ver la carga de plata saltarina que sacan en las redes. Uníanseme mis padres y todos volvíamos a la casa donde mis labores de invierno nos ocupaban en la fresca sala a mí y a mis hermanas y a mi madre, con las doncellas hijas de los dueños.

Hasta el baño trabajábamos, y los caballeros y un mancebo que estudia humanidades leían primero y luego, hacían su plática de cosas de la guerra, sacando las noticias de dos meses atrás, que no llegan aquí antes; y tras de rezar las doce buscábamos el placer del agua. Comida y siesta hacíamos copiosas. Tras ellas venían el Sr. Cura y el Médico y el marino mejor acomodado, y jugábase partida de ajedrez o referíanse acaecimientos de mar, y, al declinar el sol, todos paseábamos, camino de las rocas, sobre las guijas y la arena, con el afán de hallar conchas y caracoles de nacar

